

Cuentan las historias que Escipión el Africano, cuando tomó Cartago, mandó sembrar sus campos de sal, destruir las ciudades y borrar las inscripciones de las piedras de sus templos, a fin de eliminar todo recuerdo de ella. Con Roma no se podía jugar. Pues bien, con la Gerencia de Urbanismo del Ayuntamiento de Madrid tampoco se puede jugar, a lo que parece. Como sin duda recordarán los visitantes del Museo de Escultura Abstracta instalado bajo el puente elevado que comunica las calles de Juan Bravo y Eduardo Dato por encima del paseo de la Castellana, de Madrid, se había colocado a la entrada del recinto una placa de acero en la que figuraban los nombres de los ingenieros y artistas que concibieron y proyectaron el museo. Y he aquí que el otro día, hará de ello un par de semanas, la placa fue retirada, y cuando se colocó de nuevo se observó que habían sido raspados de ella los nombres de los constructores del museo. Algún periódico informó sobre este episodio, añadiendo que «se ignora quién ha podido ser el autor de la gamberrada». Pues bien, aunque parezca mentira, y según informaciones publicadas posteriormente en la prensa, fue la Gerencia de Urbanismo la que después de haber aprobado la colocación de la placa la mandó retirar para someterla al feísimo raspado de los nombres.

Esta acción, que por sí sola nos autoriza a hablar de «las guerras púnicas del puente de la Castellana», no podría comprenderse fuera del contexto de la pintoresca y municipal historia del puente. No hace mucho conté en una crónica algunos de los celtibéricos incidentes registrados con motivo de la creación del Museo de Escultura Abstracta. La pueril venganza de la Gerencia de Urbanismo es consecuencia de las tensiones suscitadas en el seno de la Corporación en el asunto del museo. Tensiones que, como se sabe, impidieron que se colgara de las columnas centrales del puente, tal como se había planeado, la escultura de hormigón armado de Eduardo Chillida. Lo impidieron y lo siguen impidiendo mientras no se resuelva «la cuestión técnica» de si el puente es o no capaz de soportar el peso de la obra. No es ocioso repetir aquí que ésta era desde el principio una cuestión totalmente resuelta, porque los ingenieros proyectistas del puente habían presentado un dictamen completo sobre la posibilidad de suspensión de la escultura, debidamente visado por el Colegio Oficial de Ingenieros. Las celtibéricas dudas de un señor ingeniero de la

silla de pista

PUENTE DE LA CASTELLANA: LAS GUERRAS PUNICAS

Delegación de Obras y Servicios en presencia del alcalde, y luego los «cálculos» a ojo de buen cubero de un ingeniero que había participado en el proyecto y construcción del puente, pero no en el del museo, y que parecía tener algún interés particular en discrepar de la opinión, fundamentada en el dictamen de sus compañeros, tuvieron la virtud de congelar la suspensión de la escultura. El «Chillida» yace hasta hoy sobre unos caballetes de madera y lleva camino de yacer allí por los siglos de los siglos, según parece que marchan las cosas. Al verla, uno no puede por menos que pensar que si cuatro tacos de madera pueden soportar el peso de la escultura, cuánto más habría de poder sostenerla un puente concebido para la intensidad del tráfico que lo cruza entre las calles de Juan Bravo y Eduardo Dato.

En realidad había detrás de todo el asunto algo más que una mera «cuestión técnica», o, mejor dicho, la «cuestión técnica» ha servido para disfrazar otras, digamos, limitaciones. En mi crónica anterior conté algunas anécdotas que ponían de relieve la «espesa y municipal» sensibilidad que algunos de los miembros de la Corporación mostraban para el arte abstracto. Referiré otra más para no repetir las que conté entonces. Cuando alguien dijo a los municipales, durante la visita que éstos realizaron al museo, que una de las esculturas expuestas era nada menos que de Julio González, uno de ellos preguntó: «González, ¿qué?», como si todo el mundo tuviera que llamarse González y algo más para tener asegurado el crédito en el mundo del arte. El señor Arias Navarro ha dado buena muestra de sus inquietudes culturales al decirle recientemente a un periodista en su retiro veraniego de Salinas, que en los días de descanso iba a subsanar lo poco que leía durante el año, «por falta de tiempo», leyendo «dos libros muy interesantes que me han recomendado: "Chacal" y "¡Oh!, Jerusalén!». Según parece, el señor alcalde asegura a los que quieran escucharle que él no conoce el Museo del Prado, salvo por alguna visita de carácter oficial, y con motivo de esta polémica del puente ha tenido a bien decir que «si a mí no me interesan ni Velázquez ni El Greco, ¿cómo me va a interesar Chillida?».

Sin embargo, hay que decir que el mismo alcalde ha declarado que el Ayuntamiento «está interesadísimo» en que se haga este museo de escultura. «No quiero que queden dudas al respecto», ha afirmado. Pendiente de resolverse la famosa «cuestión técnica», el Ayuntamiento decidió aplazar la inauguración oficial y se ordenó retirar las vallas para que pu-

diera visitarse el museo. Esta decisión fue aceptada por los ingenieros proyectistas y por los escultores sobre la base de que no se tocaría nada que pudiera modificar la situación. Pero he aquí que, aprovechando la ausencia de los interesados, el Ayuntamiento envió al museo una brigadilla con el estúpido encargo de quitar los cables que, todavía sin tensar, habían de sostener la escultura de Chillida y que formaban parte de su estructura, es decir, que eran parte de la obra del escultor. Borrar los nombres de los responsables del museo. Atentar contra la integridad de una escultura. He aquí las dos últimas hazañas de las guerras púnicas del puente de la Castellana.

■ LUIS CARANDELL.

